

— ¡Toma! ¿Qué he de hacer? — repuso con acritud Lorenzo. — ¡Ya lo ve V., tomar el fresco!

— Pues, hombre, para eso más regular era que lo tomases con nosotras — dijo Joaquina picada; — hoy no se te ha visto el pelo más que un cuarto de hora; vaya, vaya, vén acá, que hemos de ajustar una *cuentecica*.

Joaquina, que era recta y severa, se fué á sentar con majestad en un banco, y Lorenzo hizo lo mismo con ademan de desafío.

— ¡Madre, por Dios, no le trate V. mal! — murmuró Celeste en voz baja.

— Calla, hija, calla; las cosas claras y el chocolate espeso — dijo la alcaldesa; — es menester que yo le cante á éste las verdades del barquero.

— Pues empiece V. — dijo Lorenzo — que yo no me he de morder la lengua para responderle.

VII.

ÁGUILA Y TÓRTOLA.

— Lorenzo — empezó la alcaldesa — me alegro mucho de hallarte aquí, porque deseaba hablarte: no quiero que Juan María se mezcle en este asunto; temo á los enfados de los hombres, que son terribles; y si él supiera lo que pasa, se enfadaria de fijo.

— ¿Qué pasa, pues? — preguntó Lorenzo con socarrona admiración.

— ¿Qué pasa? Poca cosa aún; pero yo quiero evitar que pase más: hoy no te hemos visto más que un momento por la mañana, cuando ibas ó volvías de tu maldita caza, que Dios confunda.

— ¿También le parece á V. mal que vaya á cazar?

— ¿Pues no ha de parecérmelo? ¡Y muy mal! En vez de ir á cazar como un señor, debías de estar cavando como un Labrador honrado.

— ¿Y á V. qué le importa eso?

— Me importa mucho, porque te vas á casar con mi hija, y la verdad, no quiero por yerno á un mandria, á un vanidoso que está gastando conversación con la criada de la forastera: dos veces en pocas horas te han visto con ella; ¿es eso regular?

— ¿Y por qué no lo es?

— Porque el que tiene tratado su casamiento con una muchacha honrada, no debe gastar tiempo con las demás; eso se queda para los de las ciudades, pero no para nosotros; aquí no es el uso ni lo hace nadie, y no quiero yo que mi hija sea plato de segunda mesa.

— Que no lo sea — respondió bruscamente Lorenzo.

— ¡Madre, por la Virgen, que le está V. enojando! — exclamó Celeste á media voz, alzando hasta Joaquina sus ojos arrasados de lágrimas.

— ¡Tú déjame y calla! — gritó irritada la alcaldesa; — ¿pensarás que voy á dejarte como una oveja desamparada entre las garras de ese lobo?

Y volviéndose á Lorenzo llena de fiereza, añadió:

—¡No pienses que has de reírte de mi hija, de la hija del alcalde! ¡Lo que le sobrarán á ella serán novios!

— Tanto mejor — respondió Lorenzo.

—¡Pero si yo no quiero más que á tí! — exclamó Celeste, que sentía destrozarse su corazón presenciando aquella reyerta en que se jugaba la dicha de toda su vida.

Luégo se levantó, y acercándose á su novio con las manos unidas, añadió entre sollozos:

—¡Sólo contigo me casaré!

—¿Con él? ¡No será si ántes no muda de vida! ¿Para qué te has de casar con él, pobrecita mía? ¿Para que ande todo el día paseando con la escopeta vestido á lo señor? ¿Para que te desprecie como á todos nosotros, empezando por su padre? ¿Te parece bien lo que hace ahora? ¡En vez de venir con nosotras, ó de estarse sentado en el patio del señor cura, con éste, su madre, tu padre y el suyo, se viene aquí á ver si encuentra á la bribona de la criada!

—¡Si ya la ha visto! — dijo atrevidamente Mariano, animado con la presencia de su madre.

— Ya lo sé que la vió dos veces esta tarde y estuvo *paliqueando* con ella.

— Y otra que la ha visto esta noche, son tres.

—¿Esta noche? — preguntó Joaquina, que echaba fuego por los ojos.

— Ahora mismo, madre, cuando llegábamos nosotros, se escurrió ella por aquellas matas: yo la vi.

—¿Quieres callar, escuerzo? — gritó Lorenzo furioso.

—¡Toma! ¿Por qué he de callar? ¡Digo la verdad! Ahora que están aquí madre y Celeste no me pegarás:

me dijiste que estabas leyendo, pero yo bien sabía que no; oí hablar á dos personas.

—¡Y van tres citas en cinco horas! — exclamó Joaquina, que se ahogaba de soberbia: — se acabaron los miramientos; esto tienen que saberlo Juan María y Bruno.

—¡Lorenzo — exclamó Celeste, cuyas lágrimas se habían estancado por la fuerza de su dolor — di que se engaña mi hermano! ¡que ha visto mal! ¡Es un niño y puede suceder! ¡No des lugar á que mi padre me separe de tí! ¡No sabes lo que te quiero!

—¿Qué culpa tengo yo de las charlatanerías de tu hermano y del mal genio de tu madre? — repuso Lorenzo bruscamente. — Si quieren tus padres deshacer la boda, enhorabuena, y tanto peor para ellos; más pierden que yo.

—¡Oiga V., grandísimo desbocado, haragan, mal trabaja, fachendoso! — gritó Joaquina poniéndose en jarras — ¿qué perdemos nosotros con que no entres en nuestra *parentela*? ¡Inflao con más *fantesia* que doblones, y que no eres *güeno* ni *pa cuerda* de boto! ¡Si no vales ni *pa* descalzar á mi chica! ¡Si eres más malo que la quina! ¡Si has de matar á *pesaumbres* al *calzorras* (1) de tu padre!

—¡Si fuera V. hombre ahora, la deshacía aquí! — murmuró Lorenzo con voz sorda, y alzando su puño cerrado sobre la cabeza de Joaquina.

(1) Hombre débil ó muy padrazo.

—¡Eh, aquí hay un hombre, y lo da por *recibido!*— dijo una voz áspera detras de Lorenzo.

Y un vigoroso garrotazo bajó la mano que se habia levantado sobre la cabeza de la alcaldesa.

—¡Ira del cielo!— balbuceó Lorenzo volviéndose como una hiena y arrojándose sobre Perico, que era el agresor.—¡Me has debido descoyuntar el brazo!

Asió, al decir estas palabras, al muchacho por el cuello; pero éste, que atendida su edad tenia una fuerza y una estatura colosales, se desasió y le sacudió tan violenta puñada en la frente, que le hizo retroceder tres pasos aturrido y jadeante.

—¡Amenazas á mi madre!— gruñó Perico, que ni se mostraba cansado, ni habia perdido su brutal tranquilidad:—¡me como yo por sopa á quien tal haga, tres veces al dia!

—¡Bien, hijo mio, bien!— gritó Joaquina con el doble orgullo de su triunfo de mujer y de madre.

Perico no oyó este grito de gratitud: acababa de ver vacilante á Celeste, y corrió á recibirla en sus brazos.

La pobre niña, tan tímida, tan dulce, habia sido dominada por un profundo terror.

Los gritos de Joaquina habian hecho salir de su casa á algunos de los vecinos más cercanos y acudir al sitio de la contienda: todos habian reconocido la voz de la alcaldesa.

—¿Qué ocurre, señora Joaquina?— preguntaban segun iban llegando, con ese interes verdadero y sencillo de las aldeas;—¿sucede alguna desgracia?

La alcaldesa, ocupada con su hija, á la que no podia

hacer volver en sí, no estaba capaz de responder individualmente; pero Mariano iba respondiendo á todos:

—Es que han regañado madre y Lorenzo, y éste ha querido pegarla; pero Perico le ha sacudido á él grandemente.

—¡Bien hecho!— decian los circunstantes.

—¡Habrá picaron!

—¡Si ese mal-trabaja no ha de dar más que eso, malos ratos!

—¡Pobre Bruno!

—Aquí está Bruno— dijo la sonora voz de *el rico*;—¿qué pasa que le compadeceis?

Todos callaron: el padre de Lorenzo venia acompañado del alcalde y del señor cura, á los que el viento habia llevado los gritos desaforados de Joaquina.

—¿Qué pasa aquí?— preguntó Juan María con voz severa, y dando en el suelo con su larga vara.

—Que el guapo de Lorenzo ha querido pegar á tu mujer.

—Y tu hijo le ha pegado á él en grande, segun dice tu chico pequeño.

—¡Bien está! ¡ya basta!— dijo severamente Juan María.

Luégo, volviéndose á Mariano, le dijo:

—Tú, á casa; Joaquina, á casa tambien con Celeste.

La alcaldesa, que profesaba á su marido el respeto más profundo, tomó en brazos á su hija, ayudada por otra labradora, y salieron las tres del círculo seguidas de Mariano, que hubiera querido quedarse allí para ver

lo que pasaba, y que iba renqueando y volviéndose para mirar tristemente el espectáculo.

Así que su familia estuvo léjos, el alcalde se volvió á los contendientes.

Lorenzo tenía en la frente un bulto negro y grande, efecto de la puñada de Perico; además, tenía el brazo derecho dislocado por efecto del garrotazo que le habia dado el mismo.

El agresor estaba sano y salvo, como Aquiles en medio de una batalla.

El alcalde, que adoraba á sus hijos, vió esto con secreto orgullo; pero su cara morena y grave tomó una expresion aún más severa, y dijo con voz fuerte, volviéndose á su hijo:

—¡ Pedro Carrasco, á la cárcel!

El jóven Goliat, sin replicar una palabra, salió del grupo y esperó á un lado á que su padre echase á andar. Éste fijó su mirada en Lorenzo, y volvió á decir:

—¡ Á la cárcel, Lorenzo Martínez!

—¿ Yo? ¿ á la cárcel yo? — gritó el licenciado lleno de enojo; — ¿ yo que jamas he estado preso, por qué he de perder ahora mi libertad?

— Para que aprendas á no levantar la mano á las mujeres — respondió severamente el alcalde. — La has levantado sobre Joaquina Crespo, y es una cobardía en todos los hombres, pero más en tí, que has sido militar y has tenido por muchos años la obligacion de ser valiente.

— De modo, Juan María — repuso Bruno — que si tu mujer ha insultado á mi hijo, ¿ ha debido éste dejarse

insultar? ¡ Este sí que es buen modo de administrar justicia!

— Los insultos de las mujeres se oyen como quien oye llover; y ten entendido, Bruno, que aquí no se trata de mi mujer ni de tu hijo, novio de mi hija, sino de Joaquina Crespo y de Lorenzo Martínez.

— ¿ Es decir, que mi hijo, que ha sido maltratado, lleva la misma pena que el tuyo, que le ha dado de golpes?

— Si Pedro Carrasco le ha golpeado ha sido defendiendo á su madre, y no hay cosa más justa; y si Lorenzo Martínez se ha dejado golpear por un muchacho de trece años, eso prueba que es un cobarde, además de haberlo probado ya con haber querido golpear á una mujer; ¿ por qué no empleaba todos esos bríos en defenderse? Porque el que maltrata á una mujer es un gallina con los hombres. Pero basta ya de hablar: ¡ á la cárcel, y delante de mí!

Perico, que no habia chistado, porque veía que allí no estaba su padre, sino la autoridad, obedeció y dió algunos pasos en direccion al pueblo; pero Lorenzo no se movió, y dijo con expresion provocativa:

— ¡ No quiero ir á la cárcel, y no iré!

— ¡ Irás y tres más! — dijeron irritados dos ó tres mozos de la aldea que se hallaban presentes. — ¿ No hay más que desobedecer al alcalde? También nosotros fuimos una vez que nos lo mandó; obedecer á la autoridad no es deshonra.

— ¡ Pues yo no quiero obedecer ahora! Veremos si soy cobarde, como dicen.

Los mozos de Cabañas aborrecían á Lorenzo, porque éste se creía muy superior á todos: no trabajaba como ellos, no iba á la plaza como ellos, no les hablaba nunca, y nadie que no haya vivido en una aldea puede imaginarse hasta dónde llega la animadversión que se despierta contra un hombre de la especie de Lorenzo: todos los demas mozos odian su ociosidad, sus pretensiones y el aire de desprecio con que los trata, porque nadie es más susceptible ni más exigente con sus semejantes que los sencillos habitantes de las aldeas.

Al oír á Lorenzo volver á negar obediencia al alcalde, los mozos le rodearon con expresion hostil é irritada.

—Vamos á la cárcel—dijo uno—á ver si allí se te baja un poco el orgullo.

—Si no quieres ir, te llevarémos.

—Cede, Lorenzo—dijo á media voz el señor cura;—yo sería el primero en obedecer al alcalde, que ya sabes es un hombre recto y justo; yo te ofrezco que saldrás muy pronto.

Lorenzo hizo un gesto negativo.

—De nada te servirá la resistencia—prosiguió el señor cura—sino de atraer un conflicto mayor: tendrás que ir á la fuerza, y lo que hoy es nada, puede tomar tales proporciones, que mañana habrá de venir el juzgado, y Dios sabe si ganarás un presidio por resistirte á la autoridad.

—Véte, hijo, véte—dijo á su vez Bruno, que habia oido los últimos consejos que el digno vicario dirigia á Lorenzo;—ya me compondré yo con Juan María, y le

diré lo mal que se ha portado: no la eché yo nunca de alcalde con él cuando lo era.

—Eso no, Bruno—dijo el cura;—olvidemos todo esto como cosa pasada: de una cosa tan pequeña como es, no hagamos salir males mayores: en nada degrada á Lorenzo el obedecer, porque ya ves que ha empezado enviando á su mismo hijo. Juan María es recto y justo, y esto lo hace para dar el ejemplo.

El señor vicario conoció que habia persuadido al licenciado, y ántes de ver una recaída en sus buenas disposiciones, dijo al alcalde:

—Lorenzo está pronto á obedecer; vamos andando para recogernos, que se ha hecho ya muy tarde.

—¡Ya sabe lo que le iba á pasar si no obedecía!—murmuraron algunos mozos.

—¡Silencio!—dijo el alcalde;—cada uno á su casa y á dormir, para levantarse á trabajar con el día. Lorenzo Martínez y Pedro Carrasco, venid conmigo.

Los dos echaron á andar delante del alcalde, quien, solo y severo, los condujo á un antiguo convento de capuchinos, situado cerca del pueblo, que servía de cárcel provisional.

Abrió con la llave, que nunca dejaba: detras de la puerta, colgadas cada una de su correspondiente clavo, habia otras várias: el alcalde tomó dos numeradas.

Anduvo luégo por un largo corredor en que habia muchas puertas, abrió una é hizo una seña á su hijo, que entró; luégo volvió á cerrar y se guardó la llave.

Dos puertas más abajo encerró á Lorenzo: éste, al entrar, le lanzó una mirada llena de encono, y le dijo:

— Me parece que ya no pensará V. en que me case con su hija, ¿no es verdad?

— Otro día hablaremos de eso — respondió el alcalde.

— Pues yo le digo á V. desde ahora que le puede buscar otro marido.

Juan María no contestó: aunque rústico labrador, nacido; criado y encanecido en una aldea de treinta vecinos, que jamás había abandonado, era imposible hallar un hombre más digno, más recto y más firme.

Cerró la puerta y colgó la llave del clavo que le correspondía: otro tanto hizo con la del encierro de su hijo; y luego cerró la puerta exterior, cuya llave volvió á su sitio habitual, que era su faja de seda morada, y emprendió con sosegado paso el camino de su casa.

VIII.

SEDUCCION.

Eran cerca de las cuatro del día siguiente cuando el señor cura y Bruno, que habían alcanzado del alcalde el permiso de ser ellos los que abriesen la puerta de la cárcel á Lorenzo y á Perico, se cruzaron con una brillante cabalgata que llegaba á Cabañas de la ciudad vecina.

Eran diez caballeros, casi todos jóvenes, es decir, de veinte á treinta y cuatro años de edad, que llegaban llenos de polvo y de calor.

Detras de ellos, y á caballo también, iban cuatro ó seis criados.

Vestían elegantes trajes de campo, pero cubiertos de polvo y de sudor, porque el calor había sido muy fuerte durante el día y seguía siéndolo aún á aquella hora.

Entre los criados iba Leandro, el de la fisonomía picaresca, que había acompañado á Enriqueta en la mañana del día anterior.

Al pasar por delante del señor cura y de Bruno, dijo uno de los jinetes:

— ¡Qué satisfecha estará Enriqueta con el chasco que ella y yo estamos dando á mi mujer!

— En verdad que el chasco es pesado por demas, respondió aquel á quien se dirigía.

El digno vicario no pudo oír otra cosa, porque el rápido paso de los caballos se lo impidió.

Al llegar Lorenzo á la luz clara de la campiña, su aspecto asustó á Bruno y al vicario; estaba pálido en extremo, tenía los ojos irritados y hablaba de un modo convulsivo y cortado; era indudable que tenía fiebre.

Perico, por el contrario, estaba tranquilo y sonrosado; había dormido muy bien.

Escuchó en silencio las amonestaciones del señor cura para moderar su carácter y no dejarse llevar de sus arrebatos; pero cuando acabó de hablar, respondió:

— Señor cura, cuantas veces vea amenazar á mi madre ó á mi hermano haré lo que hice ayer; eso va en genios.

Dejémoslos llegar á la aldea, y sigamos á los jinetes hasta la quinta.

El ruido de los caballos hizo asomar á Enriqueta á lo alto de la escalera; sin duda que la joven esperaba á

aquellos huéspedes, porque estaba vestida con un gusto exquisito, aunque con una sencillez enteramente campestre.

Llevaba un traje de muselina tan fina, que parecía formada de una nube; el fondo era blanco y estaba sembrado de lunares bastante grandes, de color celeste; un ancho cinturón, del color de los lunares, se anudaba en su costado izquierdo, y caía en dos anchas bandas que terminaban en un fleco.

Aquel fresco matiz formaba la más graciosa armonía con la blanca tez y los negros cabellos de Enriqueta; su talle lucía su maravillosa elasticidad, y su pecho y su espalda estaban semivelados por una pañoleta de encaje blanco, cerrada en aquél con otro lazo de cinta azul.

Los huéspedes, al llegar al fin de la escalera, le fueron dando la mano con una mezcla de cordialidad y de franqueza muy notable, por cuanto aquella franqueza encerraba un carácter especial; ninguno hubiera saludado así á la esposa ó á la hermana de un amigo.

Cuando hubieron subido, Enriqueta se apoyó en el brazo del que celebraba el chasco que daba á su esposa, y todos se perdieron en las habitaciones interiores.

Dos horas más tarde, Lorenzo, sentado en el banco de la plazoleta de árboles, situada delante de la quinta, oía, con el corazón destrozado, carcajadas, canciones, chocar copas, y todo ese bullicio que acompaña el final de una comida alegre.

¿Qué hacía allí el hijo de Bruno?

Ni él mismo sabía definir qué especie de filtro mágico le atraía á aquellos sitios.

Ya la luna iluminaba la campiña cuando él se hallaba clavado en su sitio, como un sombrío centinela de la bacanal.

Pero los cánticos y las carcajadas se habían extinguido; era evidente que cada uno había ido á entregar al sueño sus conturbados sentidos y que buscaba la reparación de las fatigas del viaje.

Lorenzo, en medio de sus sombrías meditaciones, vió aparecer ante sus ojos la misma encantadora y blanca figura de la tarde anterior, y no pudo reprimir un gesto de júbilo.

—¡Silencio!—dijo Enriqueta, pues ella era.—He sabido por Teresa lo ocurrido anoche, pues se lo han contado en el pueblo; le he visto á V. aquí desde mi ventana, triste y preocupado, y he venido á consolarle.

—¡Cómo!—exclamó Lorenzo, en el que residía, á pesar de todos sus defectos, el santo candor de la honradez;—¿sabe V. que he estado una noche y casi un día en la cárcel, y no teme V. acercarse á mí?

—¡Pobre jóven!—dijo Enriqueta con una risa que no era más que sardónica, pero que Lorenzo creyó llena de tristeza;—¡ciertamente que no merecía V. ese castigo!

—¡Ah! ¡pues entónces nada me importa lo que piensen los demas!—exclamó Lorenzo, cuyos ojos brillaron en el mismo instante con una alegría indecible.

—¡Pues qué!—preguntó Enriqueta—¿es por ventura para V. de tanta valía mi buen concepto?

—¡ Sólo por V. sentia yo la arbitrariedad de ese malvado viejo! ; De lo que puedan pensar los demas no me importa nada!

— Veo que trata V. con poco respeto al que ha de ser su suegro—dijo Enriqueta con una media sonrisa.

—¿ Mi suegro él? ; Jamas!

— Pero ¿ y su hija? ¿ Qué tiene ella que ver con lo que haga su padre? ¿ No es muy bonita?

— ¡ No lo sé! —respondió Lorenzo.— Desde que usted llegó aquí lo he olvidado.

—¿ No la ama V.?

— No, señora.

— ¡ Pues dicen que la ha querido V. mucho!

— Más me ha querido ella á mí.

— Entónces es V. un ingrato.

— Con Celeste creo que sí.

— ¡ Y no hay que fiar en la duracion de su afecto!

El silencio siguió á estas palabras; eran tantas las que se agolpaban á los labios de Lorenzo, que no supo cómo darles salida; sólo hablaron sus ojos, pero con tal elocuencia, que Enriqueta hubo de bajar los suyos.

El alma ardiente de Lorenzo palpitaba con una fuerza inusitada en cada una de sus facciones; hasta entónces sus amores, humildes como su condicion, no le habian satisfecho; siempre quedaba dentro de él un vacío inmenso, el de la vanidad; aquella beldad elegante, delicada, de aire noble y desdenoso, era el ideal con que tantas veces habia soñado, era la mujer que tanto habia llamado sin esperar encontrarla jamas.

Porque las mujeres de elevada clase que le habian

fascinado con su hermosura sólo habian respondido con el desprecio á sus miradas de admiracion.

Enriqueta le hablaba, le sonreia; casi habia en sus ojos promesas de amor..... y esto era más de lo que necesitaba para llenar de esperanzas locas aquella débil y vacía cabeza, que sólo soñaba en lo que veia difícil de alcanzar.

Las últimas palabras de la jóven provocaban una declaracion; no era tan escasa la penetracion de Lorenzo que no lo comprendiese así; pero ¿ qué miras se llevaba aquella bella mujer en trastornar el juicio de aquel labriego ambicioso? Ni ella misma hubiera podido decirlo quizá; el afan de homenajes y el afan de distraer el tedio constante que la consumia, eran tal vez los únicos móviles de su extraña conducta.

— Señorita—dijo Lorenzo— desde que V. ha llegado aquí, yo soy otro hombre; todo lo que ántes me agradaba, me es hoy odioso; el apetito y el sueño han huido de mí; sólo quisiera vivir al lado de V., verla, oirla y obedecer los menores deseos que viese escritos en sus ojos: ¿ cómo se llama esto que siento por V. que hasta hoy jamas habia sentido!

— Amor—respondió Enriqueta con una sencillez tan llena de naturalidad, que era el colmo de la inocencia ó el del descaro.

— Ya me lo figuraba yo—dijo Lorenzo, que no pecaba de tímido y que era ademas muy presuntuoso.

— Pues entónces, ¿ por qué me lo pregunta V.?

— Porque no estaba seguro de ello.

La cortesana se mordió sus finos labios: aquel patan

la vencia en astucia, y resolvió asustarlo para alejarle de ella ó para atarle definitivamente al carro de sus triunfos.

—Lorenzo—le dijo—yo soy libre y puedo dejarme querer, y amar yo misma á quien me acomode; pero mi pasado es sombrío y quizá culpable; ¿quiere V. conocerle ántes de ligarse á mí con promesas vanas?

—¡Que si quiero!—exclamó Lorenzo impetuosamente;—ésa es una dicha que yo compraria con la mitad de mi vida.

—Voy, pues, á dársela á V. de balde—repuso Enriqueta—y verá que hago bien, porque nada vale.

Sentóse la jóven en el mismo banco de piedra que habia ocupado el hijo de Bruno, y empezó así, en tanto que éste, colocándose á su lado, fijaba en ella una mirada ansiosa.

IX.

CONTINÚA EL ANTERIOR.

«—Ignoro quién es mi padre, si vive, ó si ha salido ya de este mundo.

» Mi madre, casada hacía ya cuatro años con un hombre grosero, vulgar y que sólo la habia hecho su esposa seducido por su belleza, se cansó de los malos tratamientos de su marido y dió oídos á los suspiros amorosos de un hombre durante un largo viaje que su marido hizo á Ultramar con una comision del gobierno.

» Este viaje duró un año; cuando volvió, estaba mi madre en los últimos dias de su embarazo, y la furia de mi padre no conoció límites.

» Así sucede siempre: el esposo ultrajado no se detiene jamas á reflexionar si dió ocasion con su conducta al ultraje, y lo que es más, la ley, al darle sus bárbaras atribuciones, no lo reflexionó tampoco.

» En el matrimonio de mi madre hubo falta y castigo con las circunstancias ordinarias.

» El amante rendido venció al deber de amar al marido grosero, y el marido dejó escapar al amante é hizo á su esposa víctima de todo su furor.

» Una noche de Diciembre, lluviosa y fria, la sacó á la puerta de la calle, del brazo, y la dijo:

«—Váyase V.; la arrojo de mi casa como á una mujer perdida.

» Mi madre, segun me ha contado despues, se arrodilló, lloró mucho y suplicó; pero ya cerca de la aurora, temiendo los juicios de los vecinos y el servir de escarnio á los transeuntes, huyó de aquel sitio.

» Se hallaba en Sevilla: al salir de la calle tropezó con un hombre que iba á volver la esquina y que se detuvo al ver la peregrina belleza de aquella mujer tan pálida y que lloraba con tanto desconsuelo.

» Mi pobre madre no tenía aún veinte años, y respondió con todo el candor de la verdad á las preguntas de aquel hombre.

«—¿Á dónde va V., hermosa jóven?—le dijo.

«—No lo sé—respondió ella abatida;—¡no tengo asilo!